Nombre: Laura Guerra Martínez Curso: 2°A

Título: "La magia de las letras"

"Sus tragedias en tinta"

No tenía sentimientos, todos se desvanecieron por una esperanza muerta. Su alma sin vida, una tragedia que la dejó hundida. Estaba sola en el mundo. Ella misma creó un caparazón que la alejaba del exterior. Le habían hecho tanto daño que estaba rota. Su único refugio era la escritura.

Quería gritar, expresar todo lo que le mataba por dentro, pero estaba tan dolida que apenas podía empezar a escribir, a contar su historia, a contar su vida. Para ella, su ruina. Pero cada vez que fundía sus manos con la tinta del bolígrafo y el papel, creaba maravillas que embaucaban. Para el mundo eran tragedias, pero para ella su propia supervivencia. Algo que le hacía única, que le demostraba que a pesar del dolor, podía conseguir algo que le encantaba al mundo.

Tenía magia. Tenía un don para escribir. Lograba hundirte entre las letras y navegar por un mar de tinta. En el papel impregnado contaba su ruina, la verdad de su vida.
Podía evadirse en su imaginación pero, después de escribir, volvía al mundo, a la verdad odiada. No era imaginación, era su vida. Su dura y trágica vida, que a tantas personas les apasionaba leer.

Aunque por aquel entonces aún era muy pequeña, ya me interesaba por las novelas de adultos y, a mí en especial, me encantaba leer cada palabra que escribía. Aún no comprendía el verdadero sentido de sus historias, pero me sumergían en un mundo trágico. Cada letra que leía me consumía por dentro a la vez que me llenaba el corazón. Era maravilloso ver como las letras cobraban vida en mi habitación, devorar sus libros, e imaginar como una persona era capaz de llegar al corazón del mundo mediante las letras. Unas simples letras que decían a gritos lo que su voz callaba. La verdad oculta en unas historias, la verdad nunca contada. Para el mundo relatos, para ella su destrucción.

Otorgaba un sentimiento por la escritura que a mí me apasionaba. Lograba mantener su esencia hasta el final de la historia. Esa esencia la mantuvo hasta el último suspiro de su vida. Sus manos entrelazadas con las mías. Su mirada perdida en la habitación

intentando encontrar una mirada con la que cruzarse. Mi mirada. Nunca borraré de mi recuerdo esa mirada. Una mirada profunda, desnuda al mundo. Había roto ese caparazón y, por primera vez, vi como una lágrima caía por su rostro. Un rostro marcado por el paso de los años. Después de tanto tiempo derramó una lágrima, una lágrima para mí, para su nieta, a la persona que dedicó sus últimas palabras. Sabía que era un adiós pero, para mí, no. Siempre se mantendrá en mi recuerdo. Ella, una luchadora, dañada por el mundo, al que tantas veces emocionó con su historia.

Para mí era perfecta. Ella y yo, juntas, solas en el mundo. Nada más que nos teníamos a nosotras y a la escritura, que sabía entender su dolor. Un dolor del que nunca llegué a saber más de lo que ella escribía.

Hoy hace un año de su muerte. Aún recuerdo como si fuera ayer su despedida, su último aliento y sus últimas palabras. Quiero conmemorar su muerte. Tenerla físicamente presente de alguna manera y con esta historia, cuento su vida. Esta sí es su verdad. La verdad que nunca confesó, que había quedado para las letras y para su recuerdo.